

César Morales

Las puertas del Hades



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© César Morales, 2016

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2016

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Fotografía de portada: CM

ISBN: 978-84-15740-42-1

Dep. Legal: P-383/2016

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4-1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A la vida, por haber vuelto.

A todos los que lo hicieron posible.

«¿Duermes, Aquiles, y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atravesase el río y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los alrededores del palacio, de anchas puertas, de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando; pues ya no volveré del Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya, gozando de vida, conversaremos separadamente de los amigos; pues me devoró la odiosa muerte que el hado, cuando nací, me deparara.»

La Iliada. Canto XXIII. Homero.

1
MORIR PARA VIVIR

En algún lugar de la península ibérica, hace 16.000 años

Llevaba desde la puesta de sol danzando sin descanso alrededor del fuego. El ritmo machacón y persistente de las palmadas se había metido de tal forma en su cabeza que no podía escuchar nada más. En realidad, había comenzado a sentirse ajeno al mundo. En ese instante, el chamán le ofreció el bebedizo. Era terriblemente amargo y pasó hacia sus entrañas provocando una intensa quemazón. Poco después, las figuras a su alrededor comenzaron a distorsionarse. Fue acompañado hasta la entrada de la gruta que comunicaba el mundo de los vivos y el origen de todo. La que ilumina la noche había completado la mitad de su recorrido sobre el firmamento, el momento había llegado.

Varios cazadores del clan estaban esperándolo en la primera sala de la caverna, desde allí ahuyentarían los demonios que, custodios del reino prohibido, intentarían hacer fracasar su viaje. Para ello, golpearían incesantemente las estalactitas con grandes huesos de oso y entonarían una llamada a las almas benefactoras que moraban en lo remoto. Ellos ya habían pasado por el trance que él estaba a punto de vivir. El joven no fue capaz de reconocerlos; desde el torso a la cabeza habían tomado la forma de su animal

guía. El rostro de un fiero león le habló. Identificó la voz de su padre que le decía que debía ser valiente. El chamán untó sus manos con un denso pigmento de color rojizo. Después le ofreció un recipiente con grasa de ciervo y una tosca mecha vegetal en la que titilaba una tenue llama.

Se hizo el silencio. Estaba en la entrada de la galería sagrada, desde ahí avanzaría solo. Las paredes retumbaron y, lentamente, el ritmo de los golpes alcanzó la misma frecuencia que el del canto que habían entonado las mujeres, los niños y los ancianos fuera de la cueva.

Comenzó a caminar despacio. Sabía que era un viaje peligroso, pero ya no le importaba. Se había estado preparando durante mucho tiempo. Si salía de allí, sería un hombre nuevo, más poderoso y sabio; los espíritus le darían las respuestas que buscaba. Antes de encontrarse cara a cara con el gran toro, debería bucear en la laguna de las sombras. No podría respirar. Se ahogaría para renacer solo si era digno de conocer los secretos. ¿Quién sería su guía? Debía ser una bestia fuerte para que su poder lo ayudara a enfrentarse a las terribles pruebas que lo acechaban.

Las paredes rezumaban agua y el suelo era resbaladizo. Imperturbables, los espíritus lo contemplaban al pasar, habían quedado fijados en la roca de la caverna por aquellos que le precedieron. Él debía continuar hasta allí donde únicamente los llamados a dirigir el clan podían llegar. Anduvo agachado como una leona que acecha a su presa, reptó como la serpiente que sale de su nido en primavera y trepó con la agilidad de un íbice que busca las briznas de hierba en los acantilados hasta que alcanzó su destino.

El techo de la cámara era muy alto. Al dirigir el tenue resplandor de la lámpara a su alrededor, contempló el fulgor de los millones de cristales incrustados en dos gigantescas columnas de calcita. Súbitamente, se sintió arrastrado por el centelleo de aquellas estrellas. Primero cayó una, luego dos, después el firmamento entero se desplomó sobre él. Los astros comenzaron a girar, girar y girar hasta que un todo continuo lo envolvió. Era como si el universo lo hubiera atrapado fundiéndose con él en un penetrante abrazo. Se desplomó sobre el frío suelo de la galería. Su cuerpo se convulsionaba y todo se volvió negro.

Instantes más tarde atisbó un tenue rayo de luz. Poco a poco, la claridad fue haciéndose evidente y se dio cuenta de que algo lo atraía desde el lugar donde surgía. Cuando por fin traspasó el umbral, llevaba una velocidad inusitada. Caía desde una inmensa altura, caía sin que nada ni nadie lo detuviera. Después de un instante infinito, sus extremidades chocaron con el agua, la laguna de las sombras lo engulló. El momento que tanto temía había llegado. Aguantó el aire hasta que la presión de sus pulmones se hizo insoportable. Miraba a su alrededor desesperado, únicamente el verde de la laguna lo envolvía. Jamás regresaría al mundo de los vivos, él no era un elegido. Entonces dejó de luchar y permitió que el agua llenara sus pulmones.

Fue entonces cuando sintió que había un animal junto a él. Un lobo de enorme cabeza lo contemplaba inmóvil. Comenzó a lamer su rostro haciéndole regresar. Al recobrar el control de sus sentidos, vio que estaban rodeados por la nada. Flotaban en un océano de negrura. Lentamente, el

animal abrió sus fauces y lo engulló. No importaba, ya había muerto. Un terrible estremecimiento recorrió su espina dorsal. Sin embargo, al cabo de unos instantes comenzó a comprender. Sus ojos eran los suyos, la fuerza del animal movía sus músculos, él era la bestia y la bestia era él. Renacido, penetró en el hogar de los ancestros donde moraba la sabiduría, recorrió montañas y valles, arroyos y bosques, llegó incluso hasta el gran río salado cuyas orillas se pierden en el fin del mundo. Corrió hasta su último aliento, corrió hasta que, en una tierra lejana y distinta a todo lo que había visto, lo encontró.

Estaba en una inmensa pradera, verde como ninguna otra. El gran toro, señor de todas las criaturas, pacía tranquilo. Se acercó temeroso a pesar de que el animal permanecía ajeno a su presencia. Cuando estuvo a su lado lo acarició siguiendo el perfil del lomo, el vientre y la testuz. Después cayó sobre una dulce hierba, olía los colores y veía los sabores. Ya no era él. Todo lo que hasta ese momento lo había separado de la tierra, desapareció. Entonces el gigantesco bóvido le susurró al oído el gran misterio. Por fin, nacer y morir tenía sentido. Ahora que sabía lo que era la vida, podía arrebatársela. Era un cazador.

LLAMADAS EN MITAD DE LA NOCHE

Madrid, barrio del Pilar, en la actualidad

Hacía un par de años que había pasado de los cuarenta, pero el rostro presentaba arrugas impropias de esa edad. Su delgadez podía atribuirse a partes iguales a la frugalidad en la comida y a su afición por correr. Llevaba el pelo muy corto, prácticamente al uno; una costumbre adquirida tras su paso por el arma de infantería. La mirada, triste y dura, reflejaba cierto desencanto. Siempre había querido vivir de forma intensa, por ese motivo había dejado los estudios de Ciencias de la Información cuando apenas le quedaba un año para terminar. También había sido el deseo de aventura lo que le llevó a alistarse como soldado profesional y, pocos años más tarde, a hacerse policía. No podía imaginar el futuro dejando pasar los días delante de una pantalla de ordenador. Perseguir a los malos y hacer que triunfara la justicia, le pareció una buena forma de apurar el corto sorbo que era la vida. Pasados los años, al mirar atrás, a veces pensaba que las cosas no siempre salían como se planeaban.

El teléfono lo había rescatado del inquietante sueño. Tenía el cuerpo empapado en sudor y un desagradable zumbido le atormentaba los oídos. Diego tardó unos instantes en ubicarse, llevaba varias semanas viviendo de pres-

tado en casa de un amigo. Buscó el interruptor de la pequeña lámpara que estaba en la mesilla. No dio con él. El incesante soniquete del dispositivo acrecentó su ansiedad. Palpó entre los objetos que se acumulaban sobre el mueble. El libro que había estado leyendo antes de dormir cayó al suelo. Por fin, el resplandor de la pantalla se hizo perceptible. Soltó un juramento al comprobar que le llamaban de la comisaria. «¿Es que no hay más agentes en esta puta ciudad?» Se llevó la mano izquierda a la frente intentando aplacar el insoportable dolor de cabeza. Finalmente, descolgó.

—¿Inspector Lozano? —preguntó una voz femenina al otro lado de la línea.

—Quién va a ser, joder. Son las cinco de la mañana.

—El comisario Galindo le pide que vaya inmediatamente a un pueblo que se llama... —la frase quedó unos segundos en suspenso como si quien hablaba estuviera buscando algo— sí, eso es: Riba de Saelices. Ha aparecido un cuerpo y necesitan su ayuda antes de que el juez ordene el levantamiento del cadáver. —El tono de la voz era firme, no parecía haberse alterado por la reacción inicial del inspector.

—Pero si eso no es asunto nuestro. La madre que me parió.

—Lo siento, inspector, eso explíquesele al comisario. Yo me limito a transmitirle las instrucciones. ¡Ah!, y su madre no tiene la culpa de que sea policía. Haberlo pensado antes de enrolarse en este barco.

La línea quedó en silencio. Se dejó caer sobre la cama, estaba agotado. La tensión de las últimas semanas había

sido insoportable. Elena había cumplido su palabra y su vida había saltado por los aires.

Haciendo un supremo esfuerzo logró incorporarse para encender la luz. Localizó su chaqueta en el suelo, no era consciente de haberla dejado allí. Con desgana, agarró la americana y la zarandeó hasta que su bloc de notas cayó al suelo. Abrió una página al azar y escribió el nombre de la localidad a la que tenía que dirigirse.

Para Diego, la crisis del cambio de década había llegado acompañada de una demanda de divorcio. Un par de meses atrás, su llave no consiguió abrir la puerta del domicilio conyugal. Hasta aquel aciago día, había vivido en uno de los nuevos distritos del norte de la capital. Los esfuerzos, alegrías y tristezas ligados a aquella sencilla casa se habían esfumado al no poder cruzar el umbral. En cinco minutos tuvo que recoger sus cosas. La bolsa azul que ahora se apoyaba contra la pared era todo lo que había logrado rescatar del naufragio. Desde entonces, apenas había tenido ocasión de hablar con ella. Las llamadas las hacía un abogado y, para su desesperación, las conversaciones solo pretendían pulir los flecos del convenio regulador.

Aunque desde el principio la relación estuvo repleta de dificultades, él se había resistido a perder la esperanza; especialmente, tras el nacimiento de Clara. Sin embargo, su hija fue la gota que colmó el vaso. Demasiado trabajo, demasiadas llamadas intempestivas, demasiada mugre en las calles. Los reproches habían sido constantes: eso no era ser un padre.

Tras tomar un par de aspirinas a palo seco, se vistió deprisa y dejó sus escasas pertenencias ordenadas en la bolsa.

Se prometió no volver a pasarse con el ron; tenía poca costumbre y, desde luego, a él, no lo ayudaba a dejar de pensar. Echó un vistazo al título del libro que tenía sobre la mesilla. Se lo había dejado su anfitrión esa misma noche. Las aventuras de aquel lobezno en Alaska habían sido mucho mejor remedio para la desazón que las copas. «Me lo tengo que comprar», pensó para sí. Arrancó una hoja de la libreta y redactó una breve disculpa por irse a aquellas horas. Luego, salió de la habitación e intentó hacer el menor ruido posible. Se dirigió a la cocina para dejar la nota sobre la mesa en la que, unas horas antes, había estado conversando y bebiendo más de la cuenta. Colocó la cuartilla tapando la etiqueta de la botella causante de su dolor de cabeza.

Siempre pensó que tenía pocos amigos, pero que, los que eran, lo eran de verdad. Afortunadamente, estaba en lo cierto. Juan, un antiguo compañero de armas que ahora se ganaba la vida vendiendo seguros, le había hecho hueco en su casa. «Estás más gordo», le espetó Diego el día en que, recién desahuciado, se presentó en su domicilio, «Y tu más calvo, no te jode», le respondió su camarada, después se habían fundido en un fuerte abrazo. La verdad era que, bromas aparte, se apreciaban mutuamente. Su amistad había surgido tiempo atrás cuando, jóvenes e imprudentes, habían coincidido en una misión internacional en la antigua Yugoslavia. Las peripecias vividas como soldados habían creado un estrecho vínculo.

La tarde anterior, Juan, que también había pasado por el trance de una separación, se había empeñado en llevarle a un garito donde podían tomar algo y disfrutar de compa-

ña femenina. Insistió diciendo que, por experiencia, sabía que lo mejor era constatar que ellas seguían estando allí. Diego lo siguió de mala gana. Ya en el local, la sensación de estar fuera de sitio se había hecho acuciante. Aun así, aguantó varios tragos hasta que su compañero se dio cuenta de que no había acertado con el consejo. Al volver a casa, Juan insistió en hablar de los viejos tiempos mientras daban cuenta de una botella de ron Zacapa Centenario que tenía guardada para momentos especiales. Tal como transcurrió la conversación, a Diego le pareció que quien necesitaba desahogarse no era él.

Al salir del portal, el frío de diciembre lo golpeó en el rostro, el aire cortaba como una cuchilla. Lo agradeció, necesitaba despejarse. Ningún transeúnte paseaba por las calles del barrio del Pilar. Antes de llegar al Opel Astra que tenía aparcado en una perpendicular a la avenida de la Ilustración, sacó la llave del bolsillo de su pantalón. Apretó el mando a distancia esperando que el pitido y el parpadeo de los intermitentes le permitieran localizar el vehículo. No recordaba a qué altura de la travesía lo había dejado. Después de un par de infructuosos intentos, un breve centelleo le permitió encaminar sus pasos.

Abrió el maletero y cogió una vieja guía de carreteras. Se preguntaba dónde demonios estaría aquel condenado pueblo. Encendió el motor y puso el ventilador para que la capa de escarcha que cubría el parabrisas desapareciera.

—¡Si está donde Cristo perdió la Cruz! Galindo es un gilipollas integral. Que se encargue de eso la Guardia Civil. ¿Qué coño está haciendo en Guadalajara? —Diego renega-

ba mientras golpeaba el volante con las dos manos y volvía a maldecir su estrella.

Intentó llamarlo, pero fue en vano. El comisario estaba fuera de cobertura. Apoyando la cabeza sobre el frío cristal de la ventanilla, respiró hondo un par de veces para calmarse. Si quería saber por qué le habían avisado no le quedaba más remedio que ir.

Salió de la capital por la M-40 y se incorporó a la carretera de Barcelona. La noche era negra, sin luna. Solo las bombillas de la ciudad que dejaba atrás se empeñaban en iluminar el cielo. Lentamente, la oscuridad se hizo dueña del paisaje. Cuantas más vueltas le daba, menos sentido encontraba a la llamada de su superior. Normalmente, ese tipo de situaciones eran gestionadas por los cuerpos de seguridad destacados en la provincia en que ocurrían los hechos. Algo no encajaba. Decidió no pensar, le iba a llevar casi hora y media llegar, así que, lo mejor que podía hacer, era dejar de buscar una explicación y centrarse en conducir. A medida que pasaron los minutos, un halo de luz más clara comenzó a intuirse en el horizonte.

Al aproximarse a Alcolea del Pinar, tuvo que abandonar la autovía para tomar una carretera comarcal. Alcanzó el cruce y vio que había un área de servicio que, a pesar de lo temprano que era, ya estaba abierta. «Que le den por saco», dijo para sí mientras detenía su vehículo a la entrada del establecimiento. «Si no me tomo un café bien cargado no voy a poder pensar.»

No había ningún cliente, solo una joven inmigrante atendía la barra. Observó que el local necesitaba una pro-

funda remodelación. En las paredes se veían desconchones y las mesas parecían estar allí desde antes de que se desdoblara la carretera nacional. Con sorpresa, Diego reparó en que todavía ofrecía discos compactos en un desvencijado expositor. Al menos, la camarera entendió a la primera que necesitaba un café capaz de resucitar a un muerto. En la taza, el negro intenso del «solo doble» que había pedido reflejaba la elevada concentración de cafeína. Lo bebió de un trago, sin azúcar, consiguiendo que su maltratado cuerpo se estremeciera. Con el gesto de disgusto aún en el rostro por el amargor, pagó y puso nuevamente rumbo a su destino.

Después de unos veinte minutos, alcanzó el cartel que indicaba el desvío al municipio. Todo estaba en calma, las primeras luces del alba dejaban entrever un paisaje ondulado, cubierto en algunas zonas por manchas de pino y enebro. Las bajas temperaturas nocturnas habían hecho que un manto de rocío congelado cubriera los campos. Los colores grisáceos y la quietud daban un aspecto irreal al paisaje. El pueblo era muy pequeño, todo parecía en calma. Ascendiendo por una estrecha carretera llegó a las casas. Enseguida la vía lo dejó nuevamente fuera del pueblo. Iba a poner el grito en el cielo por haber ido hasta allí para nada, cuando vio un todoterreno de la Guardia Civil viniendo de frente. Le dio las largas y detuvo el vehículo bajando la ventanilla. El cabo que conducía lo saludó reglamentariamente. Se presentó mostrando su placa y preguntó por el comisario Galindo. Le indicaron que estaba a un par de kilómetros. No tenía más que seguir el camino y tomar una pista

de tierra que encontraría al cruzar un puente a la izquierda. Desde allí podría ver las luces del operativo.

Siguiendo las indicaciones se adentró en un valle labrado por un pequeño río de aguas tranquilas. Al final del mismo, divisó una vieja torre que se erguía altiva sobre un risco. Después de poco más de un kilómetro, vio a varias personas junto al cauce. En el borde del camino había tres coches aparcados. Un poco más adelante, un cuarto vehículo estaba siendo examinado por dos agentes. Reconoció el Renault de Galindo y estacionó junto a él. El comisario salió enseguida a su encuentro.

—Los he visto más rápidos —comentó el policía con ironía al aproximarse—, si llega a tardar un poco más igual tiene que investigar varias muertes. Aunque para estas, las causas estarían claras: congelación.

Al comisario Enrique Galindo le quedaba poco para jubilarse, pero se mantenía en forma. El pelo negro peinado hacia atrás con algo de gomina y un recio mostacho le hacían parecer un personaje de otros tiempos. Tenía la cara roja por el frío. Llevaba una gruesa pelliza de cuero con anchos cuellos forrados de lana que se había subido para protegerse del viento. Los zapatos, que normalmente lucían lustrosos, estaban manchados de barro.

—No me toque los cojones, comisario. ¿Qué estamos haciendo aquí?

Galindo encajó el exabrupto con naturalidad. El comisario apreciaba a Diego porque su subordinado era sagaz, obstinado y su entrega estaba fuera de toda duda. Además, a pesar de la cercanía y estima mutua, mientras trabajaban,

no había dudas sobre quién tenía la última palabra. Este hecho tenía su reflejo en una convención: mientras estaban de servicio, podían llegar a decirse barbaridades, pero siempre se trataban de usted.

—Ya se lo explicaré. Se trata de un favor personal. Ahora venga conmigo, quiero que examine el cadáver.

Ambos se dirigieron hacia la orilla del río. Galindo le presentó al juez que respondió sin mucha efusión al apretón de manos de Diego. Amable, y bastante más locuaz, se mostró el sargento Antonio Méndez. Se trataba de un joven de complexión atlética, con el pelo más largo de lo reglamentario, que era el único de los presentes que parecía ajeno al cierzo reinante. Como suboficial de la unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil, estaba a cargo de esa fase de la investigación.

Habían delimitado con cinta un área de unos veinte metros cuadrados alrededor del cuerpo que yacía con el torso en dirección a la corriente. El barro se extendía por todas partes. Diego se acuclilló antes de traspasar la improvisada barrera. Con su mano señaló unas huellas junto al finado y miró al sargento Méndez. Este le indicó con un gesto que pertenecían a otro agente del equipo de Criminalística que, embutido en un mono blanco para impedir contaminar posibles pruebas, estaba por allí sacando fotos. Aparte de estas pisadas, únicamente se advertían las de la víctima y unas extrañas marcas que se hundían en la tierra en dirección a la corriente. Diego reparó en que no continuaban en la otra orilla. Luego fijó su atención en el rostro. Parte de él estaba dentro del agua, sobre una piedra.

El blanco de la tez se veía acentuado por los restos de sangre. La corriente mecía una pequeña melena pelirroja. Llevaba barba. En la cabeza se observaba una tremenda herida a la altura de la sien. El golpe tenía que haber sido realizado con un objeto contundente. Se levantó y caminó en torno a la cinta para contemplar el cuerpo desde el otro lado. El brazo derecho estaba aprisionado bajo el pecho. Le llamó la atención una gruesa palanqueta de hierro que sobresalía unos treinta centímetros bajo el hombro apoyado en la tierra. Parte de la barra estaba tapada por el torso. Pensó que podía ser el arma homicida, aunque advirtió que no había rastro de sangre. Iba vestido con ropa de campo, botas y un anorak de color verde con la cremallera abierta.

—¿Sabemos quién es? —preguntó Diego al ponerse en pie.

—Luis de Soto, treinta y cinco años, de Madrid. Su residencia habitual está fijada en Ginebra. Físico del CSIC —respondió el comisario Galindo anticipándose al resto de los presentes.

El último dato le dejó desconcertado. ¿Qué hacía un físico del CSIC en un pueblo perdido como aquel?

—¿Hora de la muerte?

—Los de Criminalística creen que pasada la medianoche. Lo tendrá que confirmar el forense —indicó Antonio.

—¿Quién lo encontró?

—Una patrulla de la Benemérita que estaba de ronda; aquí al lado hay un yacimiento arqueológico y suelen pasar para disuadir a los expoliadores. Al acercarse a las ruinas vieron un coche que les pareció sospechoso porque tenía el por-

tón del maletero abierto y bajaron a echar un vistazo. Dieron parte a eso de las dos de la mañana —comentó el sargento.

—¿Un robo que sale mal?

—No lo parece, la cartera contenía un buen fajo que sigue en su sitio. Falta el móvil, pero desconocemos si lo llevaba encima.

Diego se incorporó e hizo un aparte con el comisario. Seguía sin entender las razones que explicaban su presencia en aquel lugar.

—¿Por qué nos han llamado a nosotros? —preguntó el inspector bajando la voz—. ¿Han denunciado su desaparición en nuestra comisaria?

—En realidad me han avisado a mí. Encontraron en su cartera una nota con mi nombre y mi móvil personal —afirmó el comisario como si tal hecho fuera poco más que irrelevante—. Y, sí, en cierto sentido, se ha denunciado una desaparición.

El inspector miró inquisitivo a Galindo esperando una explicación. Pocas personas conocían su teléfono y, las denuncias se presentaban o no se presentaban.

—Soy amigo de la familia, aunque, la verdad, últimamente había perdido el contacto. Su madre y yo fuimos compañeros en la facultad de Derecho. Hace dos días, la señora De Soto me llamó preocupada a la comisaría. Dijo que Luis estaba muy raro y que últimamente apenas lograba hablar con él. Quería que la ayudara a saber qué estaba pasando. Le di mi número.

En el tono del policía se advirtió cierta vacilación. Era cierto que había recibido esa llamada, aunque, sobre el

extraño comportamiento de Luis, habían hablado de soslayo. En realidad, su antigua amiga había puesto el acento en que necesitaba verlo. El comisario, incómodo después de un silencio de años, le había dado largas.

Por el tono empleado por su superior, Diego entendió que ya habría tiempo de hacer preguntas cuando estuvieran a solas. Asintiendo, volvió a echar un último vistazo al cadáver y fijó su atención en la palanca de hierro. ¿Para qué la habría utilizado? No había propiedades en las inmediaciones en las que forzar una entrada. Por otro lado, si hubiera sido empleada para defenderse del ataque, lo normal es que estuviera a cierta distancia del cuerpo. Más bien parecía que Luis de Soto había caído sobre ella.

—Vamos a echar un vistazo al coche —dijo el inspector comenzando a alejarse del lugar del crimen.

—Vaya usted, tengo que hablar con el juez y con el sargento Méndez. Luego comentamos.

Diego se aproximó al vehículo. Era un Toyota 4x4 de gran tamaño, la carrocería estaba manchada de barro y parecía descuidado. Los asientos traseros, abatidos, convertían el todoterreno en una especie de furgoneta. En el inmenso maletero se amontonaban diversos objetos. Un saco de dormir con manchas de tierra y barro fuera de su funda, una linterna frontal, una pequeña mochila y un infernillo aparecían esparcidos sin orden alguno. También había dos libros y un mapa de carreteras; estaban arrugados, maltratados por el uso. Sobre el asiento del copiloto se veían restos de comida y una cantimplora. Las llaves estaban puestas.

Miró a su alrededor buscando cualquier pista. Si no hubiera sido por la palanqueta, todo habría apuntado a que el hombre se había detenido allí a dormir. Sin embargo, ese objeto estaba fuera de contexto, tenía que haber una explicación y no podía estar muy lejos. Se apoyó sobre el capó y escudriñó el paisaje. La vieja torre centinela que había visto volvió a capturar su atención. Apenas le separaban un centenar de metros, decidió ir a echar un vistazo.

La fortificación era antigua, tenía forma cuadrangular y dominaba el entorno. Justo a sus pies, el valle se estrechaba creando un pequeño desfiladero, restos de árboles calcinados dejaban claro que, tiempo atrás, el lugar había sido pasto de las llamas. Estaba parcialmente derruida y nada hacía pensar que una puerta protegiera el interior. De todas formas, no perdía nada por probar. A medida que fue ascendiendo contempló restos de antiguas construcciones salpicando la ladera; era incapaz de datarlas, aunque tenían pinta de ser medievales. La atalaya se erguía sobre un risco de roca que presentaba una gran oquedad.

Se detuvo un momento a tomar aire apoyando sus manos sobre las rodillas. La resaca y la falta de sueño estaban haciendo mella. Inspiró profundamente y volvió a retomar el camino. En ese momento, advirtió que la entrada de la oquedad estaba protegida por un muro levantado en fechas no muy lejanas. Un panel solar sobre la construcción desvirtuaba el conjunto. Se intuía una cancela. Cambió de dirección y se encaminó hacia aquel lugar. Tardó menos de un minuto en llegar.

Traspasó la verja observando que había sido forzada. Al penetrar en el recinto, sintió un escalofrío. La sombra que proyectaba el voladizo de roca y la luz del amanecer daban un aire siniestro al abrigo rocoso. La despacible sensación se veía incrementada por un frío que se metía en los huesos. Al fondo, recortada sobre la roca, había otra puerta. Estaba hecha con barrotes de hierro forjado y, por su grosor, cualquiera diría que protegía el acceso al mismísimo infierno. En el suelo se veían los restos de un candado reventado. Alguien había profanado el lugar. Pese a que la cautela le pedía ir en busca de ayuda, decidió entrar siguiendo su instinto.

Sacó el móvil del interior de su americana y activó la función de linterna. No era mucho, pero no tenía otra fuente de luz a mano. Esperó unos segundos a que sus ojos se hicieran a la oscuridad. Un opresivo silencio lo rodeó, olía a tierra y a humedad. Al posar su mano en la pared sintió el gélido contacto de la roca. Comenzó a avanzar con precaución, el tenue destello de la linterna apenas conseguía iluminar un par de metros por delante. La certeza de estar solo, completamente solo, se hizo apremiante.

El primer tramo era un estrecho pasillo por el que había que caminar agachado. El suelo de la cueva era natural, no estaba acondicionado para las visitas. Dirigió el haz de luz hacia sus pies. Se fijó que sobre la tierra aún eran perceptibles las huellas de una bota de montaña. Cada vez tenía más claro que Luis de Soto había estado allí. Al cabo de unos quince metros el estrecho corredor dio paso a una sala abovedada. El foco de su improvisada linterna no

alcanzaba el fondo de la estancia. Diego notó que la temperatura era más suave que en el exterior, no obstante, el vaho de su respiración seguía haciéndose visible al quedar iluminado. Atravesó esta sala siguiendo el rastro de las pisadas y se internó nuevamente por un angosto túnel cuyo firme, de roca ya, no mostraba traza alguna. Cientos de estalactitas rematadas por diminutas gotas de agua colgaban del techo. Al quedar iluminadas por la luz de la linterna, brillaron como estrellas. Diego, absorto, pensó que el interior de la tierra se asemejaba al firmamento.

Continuó caminando lentamente. El corredor presentaba recovecos, pero no tenía salidas. Lo llevó sin posibilidad de pérdida a una nueva cámara. Fue aquí donde lo percibió. Además del ocasional tañido de las gotas de agua que caían al suelo, se escuchaba un leve sonido rítmico. Se dejó guiar por las notas. Caminando encorvado, se internó hacia el seno de la tierra. Avanzaba con cuidado, un resbalón y, como mínimo, se pegaría una costalada. La melodía se fue haciendo más cercana, aunque no evidente. Por fin, atisbó un ligero resplandor unos pasos por delante. En esta ocasión, el pasillo se abrió formando una especie de cúpula. Allí, tirada en el suelo de la nueva cámara, apareció la fuente de la rítmica percusión.

Los cascos permanecían conectados a un *iPod*. Diego se puso un guante de látex y recogió el dispositivo, estaba manchado de tierra. Observó que una pista había sido seleccionada para que sonara de forma continua. El reproductor había sido abandonado cerca de una esterilla; ningún otro objeto quedaba a la vista. Cada vez entendía menos qué era

lo que había pasado. ¿Por qué un joven físico iba a forzar la puerta de una cueva para ponerse a escuchar música? Dirigió la luz a su alrededor buscando alguna señal. Fue entonces cuando reparó en ello. El muro que le había servido de apoyo mientras avanzaba estaba surcado por multitud de líneas. Al aproximarse, cayó en la cuenta: las marcas no eran naturales. Alguien, probablemente mucho tiempo atrás, había utilizado un buril para grabar la roca. Las formas se reconocían con dificultad porque los trazos se superponían. El panel se extendía en todas las direcciones. Súbitamente una extraña sensación se apoderó de él, parecía que lo inerte cobrara vida. Los contornos de distintos animales resultaban ahora evidentes. Era como si espíritus largamente dormidos volvieran de un profundo sueño. Caballos, ciervos e incluso un gran felino aprovechaban las protuberancias de la roca haciéndose presentes con inusitada fuerza. Frente a Diego, la elegante cabeza de un uro salvaje lo miraba como lo que era: un intruso en un lugar que pertenecía a épocas olvidadas.